

y si vine á celebrarlas
es por ser, señor, tu gusto.

DUQUE. ¿Mi gusto?

OTÓN. No habrá mudanza
que niegue, Duque, ser tuya
esta cédula firmada
de tu nombre, en que me das
seguridad y palabra
de casarme con Clemencia.

DUQUE. ¿Yo? Para que gobernaras
á Monferrato, te di
la provisión.

OTÓN. Hablen cartas.

CRISELIO. A mí, gran señor, me diste
la gobernación que acabas
de decir.

OTÓN. Y á mí de ser
sucesor tuyo, esperanza.

DUQUE. Troquélas. Vuestra ventura,
Otón, estas cosas traza.
Caballero noble sois
de lo más limpio de Italia;
lo que la ventura ha hecho
no es bien que yo lo deshaga:
ella os casó con Clemencia.

CLEMEN. Y ella ha sido quien me engaña;
que yo el papel que escribí,
con Rosela le enviaba
al conde Enrique.

ROSELA. Eso no,
que si á Enrique me nombraras,
yo fuera esposa de Otón,
al Conde dijiste.

DUQUE. Basta;
que la ventura se esmera
en hacer por vos hazañas.
Clemencia es ya vuestra esposa.

CLEMEN. Hasta en aquesto le ampara
su dicha, que le he cobrado
tanto amor, que es suya el alma.

DUQUE. Dalde, Criselio, á Clavela
la mano, y seréis de Padua
y de Cremona Marqués.

CRISELIO. Yo beso las tuyas francas.

CLEMEN. (Asu padre.) Al conde Enrique perdona.

DUQUE. Criselio tiene una hermana;
su estado le restituyo
si Enrique con ella casa.

CONDE. Con el sí te doy, señor,
debidas y justas gracias,
sin que en tu sangre y la mía
más enemistades haya.

DUQUE. Otón, pues Césaró quiso
daros muerte, ejecutalda
en él, ó haced vuestro gusto.

CÉSARO. (Ap.) ¡Cielos! Esto me faltaba.

OTÓN. Dóile en fe de esa licencia
dos villas, porque así paga
á las letras envidiosas,
cuando es noble, la ignorancia.

CÉSARO. Disculparme es ofenderte.
No hay en el mundo venganza
como es el dar bien por mal,
que afrenta y obliga.

OTÓN. Basta.
A Rosela, porque cumpla
de ser condesa las ansias
que ha tanto la traen inquieta,
con el Conde he de casalla
de Florel.

ROSELA. Beso tus pies.

ESCENA XXII

DICHOS y GILOTE.

GILOTE. Tus padres, señor, acaban
de llegar, que á verte vienen.

DUQUE. Vamos, pues, á ver á Octavia
y á Grimaldo, pues que son
vuestros padres.

GILOTE. (A Otón.) ¿Y sin nada
me dejas?

OTÓN. Por tuya queda
la hacienda, prados y granja,
principio de mi ventura.

GILOTE. Vivas más que una madrastra.

DUQUE. En vos, Otón, quede ejemplo,
con que inmortalice Italia
lo que puede la ventura.

OTÓN. Sin ella no valen nada
sangre, hacienda, armas ni letras,
pues es proverbio de España:
*Ventura te dé Dios, hijo,
que el saber poco te basta.*

COMEDIA FAMOSA

LA VENGANZA DE TAMAR

PERSONAS DELLA ¹

AMÓN.	ABIGAIL, reina.	SALOMÓN.
ELIAZER.	BERSABÉ.	TIRSO.
JONADAB.	UN CRIADO.	BRAULIO.
ABSALÓN.	UN MAESTRO DE ARMAS.	ALISO.
ADONIAS.	JOAB.	RISELO.
TAMAR.	DAVID.	ARDELIO, ganadero.
DINA.	MICOL.	LAURETA.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Salen Amón, de camino, ELIAZER y JONADAB, hebreos.

AMÓN. Quitadme aquestas espuelas
y descalzadme estas botas.

ELIAZER. Ya de ver murallas rotas,
por cuyas escalas vuelas,
debes de venir cansado.

AMÓN. Es mi padre pertinaz;
ni viejo admite la paz,
ni mozo quita del lado
el acero que descieño.

JONADAB. De eso, señor, no te espantes;
quien descabezó gigantes
y comenzó á vencer niño,
si es otra naturaleza
la poderosa costumbre,
viejo, tendrá pesadumbre
con la paz.

ELIAZER. A la grandeza
del reino que le corona
por sus hazañas subió.

AMÓN. No soy tan soldado yo
cual dél la fama pregona.
De los amonitas cerque
David su idólatra corte;
máquinas la industria corte
con que á sus muros se acerque;
que si en eso se halla bien
porque sus reinos mejora,
mas quiero, Eliazer, una hora
de nuestra Jerusalén,
que cuantas victorias dan
á su nombre eterna fama.

ELIAZER. Si fueras de alguna dama
alambicado galán,
no me espanto que la ausencia
te hiciera la guerra odiosa;
que, amor que en la paz reposa,
pierde armado la paciencia.
Mas, no amando, aborrecer
las armas, que de pesadas
suelen ser desamoradas,
cosa es nueva.

AMÓN. Sí, Eliazer;
nueva es, por eso la apruebo;
en todo soy singular;
que no es digno de estimar
el que no inventa algo nuevo.

¹ Intervinieron además JOSEFO, ELISA, MÚSICOS y SOLDADOS.

ESCENA II

DICHOS y salen ABSALÓN, ADONIAS y otros, de camino.

ABSALÓN. No gozaremos las treguas que el Rey da al contrario, bien, no estando en Jerusalén.

ADONIAS. Corrido habemos las leguas que hay de Rabata hasta aquí, volando.

ABSALÓN. ¡Qué bien pensó quien las postas inventó!

ELIAZER. No, á lo menos para mí. Doilas á la maldición; que, batanando jornadas, me han puesto las dós lunadas como ruedas de salmón.

ABSALÓN. ¡Oh, Eliazer! ¿También tú gozas treguas acá?

ELIAZER. ¿Qué querías?

AMÓN. ¡Oh, mi Absalón, mi Adonias! ¿Aquí?

ABSALÓN. Travesuras mozas nunca, hermano, están despacio; troquemos en nuestra tierra por las tiendas de la guerra los salones de palacio. Diez días que han de durar las treguas, que al Amónita David da, el amor permita sus murallas escalar.

AMÓN. ¿Murallas de amor?

ABSALÓN. Bien puedes permitirles este nombre: amando de noche un hombre, ¿no asalta también paredes? ¿Ventanas altas no escalar? ¿No ronda? ¿El nombre no da? ¿Trazando ardidés no está? Luego Amor, á Marte iguala.

AMÓN. No te quiero replicar; ya sé que tiene gran parte amor, que es hijo de Marte, y lo que hay de Marte á amar.

ABSALÓN. En ti, Príncipe, infinito; pues, con ser tan gran soldado, nunca fuiste enamorado.

AMÓN. Poco sus llamas permito. No sé ser tan conversable como mi hermano Absalón.

ABSALÓN. La hermosura es perfección, y lo perfecto es amable. Hízome hermoso mi suerte y á todas me comunico.

AMÓN. Estás de cabellos rico y así puedes atreverte; que, á guedeja que les des las que muertas, por las tiendas te porfian que los vendas, tendrán en ti su interés; pues, si no miente la fama, tanto tu cabeza vale, que me afirman que te sale á cabello cada dama.

ELIAZER. Si así sus defectos salvas ¿qué mucho te quieran bien, pues toda Jerusalén te llama Socorre-calvas?

Y las muchas que compones debiéndote sus bellezas, hacen que haya en las cabezas infinitos Absalones. Ristros puedes hacer de ellas.

ABSALÓN. Eliazer, conceptos bajos dices.

ELIAZER. Fueran ristros de ajos, si no es por ti, las más bellas.

ABSALÓN. En fin, ¿el Príncipe da en no querer á ninguna?

AMÓN. Hasta encontrar con alguna perfecta, no me verá en su minuta el amor.

ABSALÓN. Elisabet, ¿no es hermosa?

AMÓN. De cerca no, que es ojosa.

ADONIAS. ¿Y Esther?

AMÓN. Tiene buen color, pero mala dentadura.

ELIAZER. ¿Delvora?

AMÓN. Es grande de boca.

JONADAB. ¿Atalia?

AMÓN. Esa es muy loca, y pequeña de estatura.

ABSALÓN. No tiene falta María.

AMÓN. ¿Ser melindrosa no es falta?

ADONIAS. ¿Dina?

AMÓN. Enfádame por alta.

ELIAZER. ¿Rut?

AMÓN. Es negra.

JONADAB. ¿Raquel?

AMÓN. Fria.

ABSALÓN. ¿Aristóbola?

AMÓN. Es común; habla con ciento en un año.

ABSALÓN. ¿Judith?

AMÓN. Tiene mucho paño, y huele siempre á betún.

ADONIAS. ¿Marta?

AMÓN. Encubre muchos granos.

ELIAZER. ¿Alejandra?

AMÓN. Es algo espesa.

JONADAB. ¿Jezabel?

AMÓN. Dícenme que esa trae juanetes en las manos...

ABSALÓN. ¿Zilene?

AMÓN. Rostro bizarro, mas, flaca é impertinente.

ELIAZER. Pues no hallas quien te contente, haz una dama de barro.

ABSALÓN. ¡Válgate Dios por Amón!

¡Qué satírico que estás!

AMÓN. No has de verme amar jamás; tengo mala condición.

ADONIAS. ¿Luego no querrás mañana en la noche, ir á la fiesta y boda que á Elisa apresta la mocedad cortesana?

AMÓN. ¿Con quién se casa?

ADONIAS. ¿Eso ignoras?

AMÓN. Con Josefo de Isacar.

ABSALÓN. Bella mujer le han de dar.

Tú que nunca te enamoras, no la tendrás por muy bella.

¿Piensas ir allá?

AMÓN. No sé.

ADONIAS. Hay bravo sarao.

ESCENA III

AMÓN, ELIAZER y JONADAB.

ELIAZER. ¿Qué habemos de hacer agora?

AMÓN. No sé qué se me ha antojado.

ELIAZER. ¿Mas si estuvieres preñado?

AMÓN. Tanta mujer que enamora á mi padre, ausente y viejo, ¿qué puede hacer encerrada? pues es cosa averiguada que la que es de honor espejo en la lealtad y opinión, en fin, es frágil sujeto y un animal imperfecto.

JONADAB. Si toda la privación es del apetito madre, deseará su liviandad el hombre, que es su mitad; y no estando ya tu padre para fiestas, ya lo ves...

ELIAZER. Iráseles en deseos todo el tiempo, sin empleos de su gusto.

JONADAB. Rigor es digno de mirar despacio.

AMÓN. Bien filosofáis los dos.

ELIAZER. Lástima tengo, por Dios, á las damas de palacio encerradas como en hucha.

AMÓN. El tiempo está algo pesado, y con la noche y nublado la oscuridad que hace, es mucha. ¿Quién duda que en el jardín pedirán limosna al fresco las damas? Lo que apetezco he de ejecutar, en fin. Curioso tengo hoy de ser.

ELIAZER. ¿Pues qué intentas?

AMÓN. ¿Qué? Saltar aqueste muro y entrar dentro del parque, Eliazer, y ver qué conversación á las damas entretiene de palacio.

ELIAZER. Si el rey viene á saberlo, no es razón que le enojés; pues no ignoras que al que aquí dentro cogiese, por más principal que fuese viviría pocas horas; que las casas de los reyes gozan de la inmunidad de los templos.

AMÓN. Es verdad; mas no se entienden las leyes con el Príncipe heredero. Príncipe soy de Israel, el calor que hace es cruel, y así divertirme quiero. En dando yo en una cosa, ya sabes que he de salir con ella.

JONADAB. Empieza á subir; mas siendo tan peligrosa y de tan poco provecho no me parece que es justo.

AMÓN. Provecho es hacer mi gusto.

AMÓN. Iré á danzar, más que no á vella. Pero ha de ser disfrazado, si es que máscaras se admiten.

ADONIAS. En los saraoos se permiten.

AMÓN. ¡Lástima tengo al casado con una mujer á cuestras!

ELIAZER. Poco en eso te pareces á tu padre.

AMÓN. Muchas veces de ese modo me molestas. Ya sé que á David, mi padre, no le han parecido mal, testigo la de Nabal y Bersabé, hermosa madre del risueño Salomón.

ADONIAS. Y las muchas concubinas, cuyas bellezas divinas milagro del mundo son.

ABSALÓN. Gana he tenido de velas.

AMÓN. Guárdalas el Rey de suerte que aun no ha de poder la muerte hallar por donde vencellas.

ABSALÓN. El recato de palacio y poca seguridad de la femenil beldad no las deja ver despacio. Mas, por Dios, que ha pocos días que á una muchacha que vi entre ellas, Amón, le dí toda el alma.

AMÓN. Oye, Adonias, del modo que está Absalón: ¿A la mujer de tu padre?

ABSALÓN. Sólo perdono á mi madre. Tengo tal inclinación, que con quien celebra bodas, envidiando su vejez, me enamoro, y habrá vez en que he de gozallas todas.

AMÓN. La belleza y la locura son hermanas: eres bello y estás loco.

ADONIAS. A tu cabello atribuye tu ventura y no digas desatinos.

ABSALÓN. Ya es de noche, ¿qué has de hacer?

ADONIAS. Yo me pierdo por jugar.

AMÓN. Yo que ni adoro ni juego leeré versos.

ABSALÓN. Buen sosiego.

AMÓN. En esto quiero imitar á David, pues no le imito en amar, ni quiero tanto.

ABSALÓN. Serás poeta á lo santo.

AMÓN. Los psalmos en verso ha escrito; que es Dios la musa perfeta, que en él influyendo está.

ADONIAS. Misterios escribirá, que es guerrero y es profeta.

(Vanse Absalón y Adonias.)

ELIAZER. ¿Y después que le hayas hecho?
 AMÓN. Esto ha de ser, ¡vive Dios!
 Vamos los tres á buscar
 por donde poder entrar.
 ELIAZER. ¿Entrar, quién?
 AMÓN. Yo, que los dos
 fuera me esperaréis.
 ELIAZER. Alto.
 AMÓN. Hacia allí he visto unas yedras,
 que abrazadas á sus piedras,
 aunque el muro está bien alto,
 de escala me servirán.
 ELIAZER. Vamos, y á subir empieza.
 En dándole en la cabeza
 una cosa, no podrán
 persuadirle á lo contrario
 catorce predicadores.
 JONADAB. ¡Qué extraños son los señores!
 ELIAZER. Y el nuestro, ¡qué temerario! (Vanse.)

ESCENA IV

Sale DINA con guitarra, y TAMAR.

TAMAR. ¿Viste jamás tal calor?
 Aunque tú mejor lo pasas
 que yo.
 DINA. ¿Pues por qué mejor?
 TAMAR. Porque no juntas las brasas
 del tiempo, al fuego de amor.
 Mas yo, que no puedo más;
 y á mi amor junto el bochorno
 que hace...
 DINA. ¡Donosa estás!
 TAMAR. ¿Qué seré?
 DINA. Serás un horno,
 en que á Joab cocerás
 pan de tiernos pensamientos,
 á sustentarle bastantes
 contra recelos violentos.
 TAMAR. Sí, que en eso á los amantes
 paga amor en alimentos.
 DINA. ¡Notable calma! No mueve
 una hoja el viento siquiera.
 TAMAR. Si aquesta fuente se atreve
 á aplacar su furia fiera
 que en la taza de oro bebe
 de su arena aqueste prado,
 denos su margen asiento.
 DINA. En cogines de brocado
 sus flores de ciento en ciento
 te ofrecen su real estrado;
 que, en fin, como eres infanta
 no te contentas con menos.
 TAMAR. Pues traes instrumentos, canta;
 que en los jardines amenos
 así amor su mal espanta.
 DINA. Yo no tengo que espantar,
 que no estoy enamorada;
 ni al viento puedes llamar;
 pues siendo tan celebrada
 en la música Tamar
 como en la belleza, á oírte
 correrá el céfiro manso,
 alegre por divertírte.
 TAMAR. ¿Lisonjéasme?

DINA. Descanso
 si amores llevo á decirte.

ESCENA V

DICHAS y sale AMÓN.

AMÓN. La mocedad no repara
 en cuanto intenta y procura:
 la noche mi gusto ampara,
 cuanto me entristece oscura
 me alegra esta fuente clara.
 Como no sé dónde estoy,
 en cuanto topo tropiezo.
 DINA. Cuando yo á cantar empiezo,
 treguas á mis penas doy.
 TAMAR. Dame, pues, ese instrumento.
 AMÓN. Mi deseo se cumplió:
 aquí hablar mujeres siento.
 TAMAR. La música se inventó
 en alivio del tormento.
 AMÓN. Cantar quieren; no pudiera
 venir á tiempo mejor.
 TAMAR. ¡Ay si mi amante me oyerá!
 AMÓN. No hay parte en que no entre amor
 hasta aquí llegó su esfera.
 TAMAR. (Canta.) «Ligero pensamiento,
 del amor pájaro alegre,
 que viste la esperanza
 de plumas y alas verdes;
 si fuente de tus gustos
 es mi querido ausente,
 donde amoroso asistes,
 donde sediento bebes,
 tu vuelta no dilates
 cuando á su vista llegues,
 que me darán tus dichas
 envidia si no vuelves.
 Pajarito que vas á la fuente,
 bebe y vente.
 Correo de mis quejas
 serás cuando le lleves
 en pliegos de suspiros
 sospechas impacientes
 con tu amoroso pico;
 si en mi memoria duermes,
 del sueño de su olvido
 es bien que le despiertes;
 castigale descuidos,
 amores le agradece,
 preséntale firmezas,
 favores le promete.
 Pajarito que vas á la fuente,
 bebe y vente.»
 AMÓN. ¡Qué voz tan apacible!
 ¡Qué quejas tan ardientes!
 ¡Qué acentos tan suáves!
 ¡Ay, Dios! ¿Qué hechizo es éste?
 A su melifluo canto,
 corrido el viento vuela,
 que en fe que se detuvo,
 muy bien puede correrse;
 y por acompañar
 su voz, la hace que temple
 los tiple de estas hojas,
 los bajos de estas fuentes.

Amor, no sé qué os diga,
 si vuestro rigor viene
 á oscuras y de noche
 porque los ojos cierre,
 como á la voz iguale
 la belleza que suele
 ser ángel en acentos
 y en rostro ser serpiente...
 ¡Triunfad, niño absoluto,
 de un corazón rebelde,
 si rústico, ya noble,
 si libre, ya obediente!
 DINA. Vuelve á cantar, señora,
 que por oírte y verte
 el sol, músico ilustre,
 anticiparse quiere.
 AMÓN. Si por verla y oírta
 sus rayos amanecen,
 ¿quién duda que es hermosa?
 ¿Quién duda que conviene
 su cara con su canto?
 ¡Ay, Dios, quién mereciese
 atestiguar de vista
 lo que de oídos siento!
 TAMAR. ¡Qué he de cantar, si lloro!
 AMÓN. Entrad, celos crueles;
 servid de rudimentos
 con que mi amor comience.
 ¿Mujer ausente y firme?
 ¿Celoso yo y presente?
 ¿Sin ver enamorado?
 ¿Hoy libre y hoy con leyes?
 ¡Oh, milagrosa fuerza
 de un ciego dios que vence,
 sin ojos y con alas,
 cuanto desnudo, fuerte!
 DINA. Así tu amante goces,
 y de tus años cuentes
 los lustros á millares
 en primavera siempre,
 que, prosiguiendo, alivies
 el calor que suspendes
 y olvidas con oírte.
 TAMAR. Va, pues que tú lo quieres. (Canta.)
 «¡Ay, pensamiento mío,
 cuánto allá te detienes!
 ¡Qué leve que te partes!
 ¡Con qué pereza vuelves!
 ¡Celosa estoy que goces
 de mi adorado ausente
 la vista con que apacas
 la ardiente sed de verte!
 Si acaso de sus labios
 el dulce néctar bebes,
 que labran sus palabras
 y hurtalle algunas puédes.
 Pajarito que vas á la fuente,
 bebe y vente.»
 AMÓN. ¿Hay más apacible rato?
 ¡Espíritus celestiales,
 si entre músicas mortales,
 ver queréis vuestro retrato,
 venid conmigo! Acercarme
 quiero un poco... mas caí. (Cae.)
 TAMAR. ¡Ay, cielos! ¿Quién está ahí?
 AMÓN. Ya es imposible ocultarme;
 aunque la noche es de suerte
 que mentir mi nombre puedo;
 pues con su oscuridad quedo
 seguro que nadie acierte
 y vea el traje en que estoy.
 TAMAR. ¿Qué es esto?
 AMÓN. Déme la mano;
 hijo soy del hortelano,
 que he caído. Al diablo doy
 la música, que ella hué
 ocasión que tropezase
 en un tronco y me quebrase
 la espinilla, ¿no me ve?
 DINA. ¿No veis vos por dónde andáis,
 y os hemos de ver nosotras?
 AMÓN. ¡Pardios, damas ó quillotras,
 lindamente lo cantáis!
 Oyérais yo doce días
 sin dormir.
 TAMAR. ¿Haos contentado?
 AMÓN. ¡Pardios, que lo habéis cantado
 como un gigante Golias!
 Dadme la mano, que peso
 un monte. (Aparte.) Tomésela,
 besésela y juro en verla, (Besácela.)
 que á la miel me supo el beso.
 TAMAR. Atrevido sois, villano.
 AMÓN. ¡Qué quiere!, siempre se vido,
 ser dichoso el atrevido.
 TAMAR. Al fin, ¿sois el hortelano?
 AMÓN. ¡Sí, pardiez, é inficionado
 á músicas!
 DINA. ¡Buen modorro!
 AMÓN. ¡Pardios, vos tenéis buen chorrol!
 Si en la cara os ha ayudado
 como en la voz la ventura,
 con todo os podéis alzar;
 aunque no se suele hallar
 con buena voz la hermosura.
 TAMAR. Tosco pensamiento es ese.
 AMÓN. ¿No suele, aunque esto os espanta,
 decirse á la que bien canta:
 «quién te oyese y no te vieses?»
 TAMAR. Cumpliráos ese deseo
 la oscuridad que hace agora.
 AMÓN. Antes me aburro, señora,
 pues ya que os oigo no os veo.
 TAMAR. Pues ¿no me habéis conocido?
 AMÓN. Sois tantas las que aquí estáis,
 y de día y noche andáis
 pasando el jardín florido,
 que como no me expliquéis
 vuestro nombre, no me espanto
 que no os conozca en el canto;
 porque aunque tal vez lleguéis
 á retozarme, y me quejo
 de más de un pellizco y dos
 que me dais, quizá, ¡pardios!,
 porque el Rey, que ya está viejo,
 os cumple mal de justicia,
 tiniendo tanta mujer,
 soy rudo en el conocer.
 TAMAR. ¡Qué villano!
 DINA. ¡Y qué malicial!
 TAMAR. ¡Fiad burlas de esta gente!
 AMÓN. ¿Quiere decirme quién es
 y llevará después
 de flor y fruta un presente?

TAMAR. Sois muy hablador.
 AMÓN. *(Aparte.)* El guante de la mano le quité *(Quítale el guante de la mano.)* cuando á besarla llegué.
 TAMAR. Vamos.
 AMÓN. No se vaya, cante; ¡así le remoce el cielo á David, si es su marido!
 TAMAR. Un guante se me ha caído.
 AMÓN. Debe de estar en el suelo. Halléle ¡pardios! que gano en hallazgos mucho ya.
 TAMAR. ¿Qué es de él?
 AMÓN. Tome.
 TAMAR. Dadle acá.
 AMÓN. Beséla otra vez la mano. *(Désasela.)*
 TAMAR. ¿Quién tanta licencia os dió? Villano.
 AMÓN. Mi dicha sola.
 TAMAR. Dadme acá el guante.
 AMÓN. Mamóla. *(Vásele á dar y burlala.)*
 TAMAR. ¿Luego no le hallaste?
 AMÓN. No.
 TAMAR. ¿No gustas de lo que pasa?
 DINA. Buen jardinero.
 AMÓN. *(De amor)* ¿Que pensáis todo esto es flor?
 TAMAR. Yo haré que os echen de casa. ¡Vamos!
 DINA. ¿Has de ver mañana la boda de Elisa?
 TAMAR. Sí.
 DINA. ¿Qué vestido?
 TAMAR. Carmesí.
 AMÓN. Seréis un clavel de grana. *(De aquí mis venturas saco.)* Qué, ¿sin cantar más se van? ¿Sus nombres no me dirán?
 DINA. No, que sois un gran bellaco. *(Vanse.)*

ESCENA VI

AMÓN.

Agora, noche, si que á oscuras quedo, pues un sol hasta aquí tuve delante; libre de amor entré, ya salgo amante; reíame antes de él, ya llorar puedo.
 ¡Ay, amorosa voz, oscuro emredo!
 ¡Cifrad vuestra ventura en solo un guante, que si iguala á su música el semblante victorioso quedáis, yo os lo concedo!
 ¡Cuando más descuidado, más rendido!
 Sin saber á quien quiero, enamorado; asaltando murallas y vencido!
 Mas dichoso, rapaz, vuestro cuidado, si sacando quién es por el vestido, la suerte echáis no en blanco, en encarnado. *(Vase.)*

ESCENA VII

Salen ABSALÓN, ADONIAS, ABIGAIL, reina, y BERSABÉ.

ABIGAIL. ¿Quedaba el Rey, mi señor, bueno?
 ABSALÓN. Alegre salud goza; que en el bélico furor parece que se remoja y le da sangre el valor.
 ABIGAIL. Quitarále la memoria de nosotras, el deseo del triunfo de esa victoria.
 ADONIAS. Amaros es su trofeo; conservaros es su gloria.
 ABSALÓN. Poca ocasión habrá dado á que su olvido os espante; pues no sé que se haya hallado, ni en guerra, más firme amante, ni en paz, más diestro soldado. En la más ardua victoria es vuestro amor buen testigo que tiene, en fe de su gloria, la espada en el enemigo y en vosotras la memoria.
 ADONIAS. Bien sabe eso Bersabé y Abigail no lo ignora.
 ABIGAIL. Que estoy triste sin él, sé.
 BERSABÉ. Y yo que en su ausencia llora quien vive cuando le ve.
 ABIGAIL. ¿Pensáis volveros tan presto al cerco?
 ADONIAS. Las treguas son tan breves, que el Rey ha puesto que no sufran dilación.
 ABSALÓN. Yo, mañana, estoy dispuesto á partirme.
 ADONIAS. Y yo también.
 ABIGAIL. Escribiré con los dos al Rey, que si quiere bien dedique psalmos á Dios, seguro en Jerusalén, y en la guerra no consuma la plata que peina helada, que, aunque en su esfuerzo presuma, el viejo cuelga la espada y el sabio juega la pluma.
 ABSALÓN. A ambas cosas se acomoda mi padre.
 BERSABÉ. Galán venis, Absalón.
 ABSALÓN. Soy hoy de boda.
 BERSABÉ. Y vos, Infante, salís para que la corte toda se vaya tras vos perdida.
 ADONIAS. Autorizamos la fiesta que es la novia conocida.

ESCENA VIII

Salen AMÓN, muy triste, y JONADAB y ELIAZER. Dichos. Después un CRIADO.

ELIAZER. ¿Qué novedad será esta, señor?
 AMÓN. Es mudar de vida.
 JONADAB. ¿Qué te sucedió que así

desde que el jardín entraste, ni duermes, ni estás en ti?
 ELIAZER. ¿Qué viste cuando llegaste?
 AMÓN. Triste estoy porque no vi. Dejadme, que de opinión y vida, mudar pretendo; no quiero conversación, porque ya, con quien me entiendo sólo es mi imaginación. *(Aparte.)* ¡Ay, encarnado vestido, si á verme salieses ya!
 ABSALÓN. ¡Oh, Príncipe!
 ABIGAIL. ¡Amón querido!
 AMÓN. Las treguas que David da á veros nos han traído.
 ADONIAS. Y agora el casarse Elisa, nuevas fiestas ocasiona que dan á las galas prisa.
 AMÓN. Merécelo su persona.
 ABSALÓN. Para vos cosa de risa son casamientos y amores.
 AMÓN. No sé lo que en eso os diga. *(Sale un Criado.)*
 CRIADO. Josefo espera, señores, que le honréis.
 ADONIAS. Y él nos obliga á que le hagamos favores.
 ABSALÓN. ¿Venis, Príncipe?
 AMÓN. Después, que tengo que hacer agora.
 ABSALÓN. Adonias, vamos pues. *(Vanse todos menos Amón.)*

ESCENA IX

AMÓN.

Salid ya, encarnada aurora, prostraréme á vuestros pies; salid, celeste armonía que en la voz enamoráis, vea vuestro sol mi día, y sepa yo si igualáis la cara á la melodía. ¿Si mudará parecer? ¿Si trocará la color que mi remedio ha de ser? ¿Si querrá vengarse amor de mi libre proceder? No lo permitáis, dios ciego; sepa yo, pues que me abraso, quién es la que enciende el fuego; no hagáis de arrogancias caso, pues las armas os entrego. Ya salen acompañando á los desposados, todos. *(Música: toda la compañía de dos en dos muy bizarros; y saca Tamar un vestido rico de carmesí, y los novios detrás; dan una vuelta y éntranse.)* Dudo, alegre, temo amando; ¡ay, amor! ¡Por qué de modos almas estáis abrasando! Quiero, escondido, de aquí, ver sin ser visto, si pasa quien me tiraniza así. ¡Ay Dios, ya el fuego me abrasa

de un vestido carmesí! ¿No es esta de lo encarnado mi hermana? ¿No es ésta, cielos, Tamar? ¡Buena suerte he echado! ¡Ay, imposibles desvelos! ¿De mi hermana enamorado? ¡Malhaya el jardín, amén; la noche triste y oscura; mi vuelta á Jerusalén; malhaya, amén, mi locura, que para mal de mi bien, libre me obligó á saltar los muros de amor tirano! ¡Alma, morir y callar, que siendo amante y hermano lo mejor es olvidar! Más vale, cielos, que muera dentro mi pecho esta llama sin que salga el fuego afuera; ausente, olvida quien ama, amor es pasión ligera. Al cerco quiero partirme, que á los principios se aplaca la pasión que no es tan firme. ¿Eliazer?

ESCENA X

Salen ELIAZER y JONADAB.

ELIAZER. Gran señor.
 AMÓN. Saca...
 ELIAZER. ¿Qué quieres?
 AMÓN. Quiero vestirme de camino y al campo ir. Preven tus botas y espuelas.
 JONADAB. Postas voy á prevenir.
 AMÓN. Pero ciego y coh pigüelas, ¿cómo podrá el sacre huir? Deja eso; dame un vaquero de tela, sácame un rostro, *(Vanse Eliazer y Jonadab.)* que hallarme en el sarao quiero. De imposibles soy un mostro; esperando desespero. Ame el delfin al cantor, al plátano el persa adore, á la estatua tenga amor el otro, el bruto enamore la asiria de más valor; que de mi locura vana el tormento es más atroz y la pasión más tirana, pues me enamoró una voz y adoro á mi misma hermana. *(Salen Eliazer y Jonadab.)*
 JONADAB. Aquí están rostro y difraz.
 AMÓN. Visteme, pues; pero quita... que este rigor pertinaz con la razón precipita de mi sosiego la paz... ¡Dejadme solo! ¿No os vais?
 ELIAZER. *(Ap.)* ¿Qué le habrá dado á este loco? *(Vanse Eliazer y Jonadab.)*
 AMÓN. Penas, si esto amor llamáis, en distancia y tiempo poco

su infierno experimentáis.
No quiera Dios que un deseo
desatinado y cruel
venza con amor tan feo
á un príncipe de Israel.
Morir es noble trofeo.
Incurable es mi dolor:
pues ya soy vuestro vasallo
ciego Dios, dadme favor
por que adorar y callallo
son imposibles de amor.

(Vase.)

ESCENA XI

Salen todos los de la boda, y TAMAR con ellos, y
siéntanse.

TAMAR. Gocéis, Josefo, el estado
con Elisa, años prolijos,
con la vejez coronado
de nobles y hermosos hijos,
fruto de amor sazonado.
JOSEFO. Si vuestra alteza nos da
tan felices parabienes
¿quién duda que gozará
nuestra ventura los bienes
que nos prometemos ya?
ELISA. A lo menos desearemos
toda esa dicha, señora,
porque con ella paguemos
lo mucho que desde agora
á vuestra alteza debemos.

ESCENA XII

UN CRIADO y luego AMÓN. DICHOS.

CRIADO. Máscaras quieren danzar.
TAMAR. Dese principio á la fiesta.
(Sale Amón de máscara.)
JOSEFO. El cielo pintó en Tamar
con una hermosura honesta
un donaire singular.
(Danzan y entretanto Amón, de máscara,
hinca la rodilla al lado de Tamar.)
AMÓN. ¿De qué sirve entre los dos
mi rebelde resistencia,
amor, si en fuerzas sois Dios
y tiráis con tal violencia
que al fin me lleváis tras vos?
Desocupado está el puesto
de mi imposible tirana;
deudor os soy solo en esto:
¡que de estorbos, cruel hermana,
en mi amor el cielo ha puesto!
Por gozar tal coyuntura
(Habla á Tamar.)
bien me holgara yo, señora,
que casara mi ventura
una dama cada hora;
puesto que la noche oscura
también voluntades casa,
hecho tálamo un jardín,
donde, cuando el tiempo abrasa,
con voces de un serafín
hizo cielo vuestra casa.
Yo sé quien, antes de veros,

enamorado de oiros,
los árboles lisonjeros
movió anoche con suspiros
y á vos no pudo moveros.
Yo sé quien besó una mano
dos veces ¡fueran dos mill
yo sé...

TAMAR. Fingido hortelano,
para vuestro mal sutil
y para mi honor villano;
ya el engaño he colegido,
que en fe de su oscuridad,
os hizo anoche atrevido.
La sagrada inmunidad
del palacio habéis rompido;
pero, agradeced que intento
no dar á esta fiesta fin
que lastime su contento;
que hoy os sirviera el jardín
de castigo y escarmiento.
AMÓN. De castigo, cosa es clara,
que vuestro gusto cumplió
mi fortuna siempre avara,
pero de escarmiento no.
¡Ojalá que escarmentara
yo en mi mismo! Más no temo
castigos, que el cielo me hizo
sin temor, con tanto extremo
que yo mismo el fuego atizo
y brasas en que me quemó.
TAMAR. ¿Quién sois vos, que habláis así?
AMÓN. Un compuesto de contrarios,
que desde el punto que os vi,
me atormentan, temerarios,
y todos son contra mí.
Una quimera encantada;
soy una esfinge en quien lucho,
un volcán en nieve helada,
y, en fin, por ser con vos mucho,
no vengo, Infanta, á ser nada.
TAMAR. ¿Vióse loco semejante?
AMÓN. Yo sé que anoche perdistes,
porque yo ganase, un guante;
la mano que á un pastor distes
dadla agora á un firme amante.
TAMAR. Máscara descomedida,
levantaos luego de aquí,
que haré quitaros la vida.
AMÓN. Esa anoche la perdí;
tarde vendrá quien la pida.
Mas, pues no es bien que un villano
más favor de noche hagáis
que á un ilustre cortesano,
que queráis ó no queráis
os he de besar la mano.
(Bésala y vase.)
TAMAR. ¡Ola, matadme ese hombre!
(Levántanse todos.)
¡Dejad la fiesta, seguidle!
JOSEFO. ¿Qué tienes? ¿Qué hay que te asom-
TAMAR. ¡No me repliquéis, heridme, [bre?
dadle muerte ó dadme nombre
de desdichada!
ELIAZER. Dejemos
el sarao, que hacer es justo
lo que manda.
JOSEFO. Siempre vemos

que del más cumplido gusto
son pesares los extremos.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Sale AMÓN, vistiéndose, muy melancólico, con ropa y
montera, y ELIAZER y JONADAB.

JONADAB. No lo aciertas, gran señor,
en levantarte.
AMÓN. Es la cama
potro para la paciencia.
ELIAZER. Un discreto la compara
á los celos.
AMÓN. ¿De qué modo?
ELIAZER. De la suerte que regalan
cuando pocos, si son muchos,
ó causan flaqueza ó matan.
AMÓN. Bien has dicho. ¡Hola!
JONADAB. Señor.
AMÓN. Dadle cien escudos.
ELIAZER. Pagas
como Príncipe, no solo
las obras, más las palabras.
AMÓN. ¿Qué es esto?
JONADAB. Darte aguamanos.
AMÓN. Si con fuego me lavara
pudiera ser que estuviera
mejor, pues me abrasa el agua.
Dime algo que me entretenga.
¿Qué es la causa de que callas
tanto, Eliazer?
ELIAZER. No sé cómo
darte gusto; ya te enfadas
con que hablando te diviertan;
ya darte música mandas,
ya á los que te hablan despides,
y riñes á quien te canta.
JONADAB. Esta tu melancolía
tiene, señor, lastimada
á toda Jerusalén.
ELIAZER. No hay caballero ni dama
que á costa de alguna parte
de su salud, no comprara
la tuya.
AMÓN. ¿Quiérenme mucho?
ELIAZER. Como á su Príncipe.
AMÓN. Basta.
No me habléis más en mujeres:
¡pluguiera á Dios que se hallara
medio con que conservar
la naturaleza humana
sin haberlas menester!—
¿Vino el médico?
JONADAB. ¿No mandas
que ninguno te visite?
AMÓN. Si supieran como parlan,
no estuviera enfermo yo.
ELIAZER. No estudian, señor, palabra;
sangrar y purgar son polos
de su ciencia.
AMÓN. Y su ganancia.

JONADAB. Todo es seda, ámbar y mulas;
si dos de ellos enviara
á Egipto ó Siria, David,
con solas plumas, mataran
más que su ejército todo.
ELIAZER. Juntáronse ayer en casa
de Dêlbora, seis doctores,
que ha días que está muy mala,
para consultarse entre ellos
la enfermedad, y aplicarla
algún remedio eficaz.
Apartáronse á una sala,
echando la gente de ella;
dióle gana á una criada
(que bastaba ser mujer)
de escuchar lo que trataban;
y cuando tuvo por cierto
que del mal filosofaban,
de la enferma, y experiencias
acerca de él relataran,
oyó preguntar al uno:
«Señor doctor, ¿qué ganancia
sacará vuesa merced
una con otra semana?»
Respondió: cincuenta escudos,
con que he comprado una granja,
veinte aranzadas de viñas,
y un soto en que tengo vacas;
pero no me descontenta
el buen gusto de las casas
que tuvo vuesa merced,
(dijo otro): Son celebradas.
No sé qué hacer del dinero
que gano; ¡cosa extremada
es ver que, sin ser verdugo
porque matamos nos pagan!—
Dejad eso (replicó
otro) y decid de qué traza
os fué en el juego de anoche.—
Perdí, son suertes volitarias.
Pero ¿tenéis muchos libros?—
Doscientos cuerpos no bastan,
con cuatro dedos de polvo,
que ni ellos hablan palabra
ni yo las que encierran miro.
Ostentación é ignorancia
nos han dado de comer;
más ha de cuatro semanas
que no hojeo, si no son
pechugas de pavos, blancas;
lomos de gazapos tiernos
y con pimienta y naranja,
perdiz, pichón y vaquita,
(así á la ternera llaman
los hipócritas al uso).—
Pero lo hablado basta;
vamos á ver nuestra enferma,
que estará muy confiada
en nuestra consulta. Fueron
y dijo el de mayor barba:
«Lo que se saca de aquí
es que al momento se haga
una fricación de piernas,
y por todas las espaldas
la echen catorce ventosas,
las tres ó cuatro sajaditas.
Pónganla en el corazón»

un socrocio, y fomentada con manteca de azahar, tenga en el cielo esperanza que la consulta de hoy la ha de dar muy presto sana.» Diéronles doscientos reales y volviéronse á su casa bien medrados de la junta como te he contado.

AMÓN. Calla, relator impertinente, que me atormentas y cansas.

ELIAZER. ¿Es posible que hables tanto? ¿Tú, señor, no me lo mandas? Si callo, te doy pesar: en hablando me amenazas. Dios te de sosiego y gusto.

AMÓN. ¿Qué es aquello? ¡Hola! ¿quién can-

JONADAB. Músicos que recibistes para que sus consonancias tu melancólico humor alivien. [ta?

AMÓN. ¡Industria vana!

(Cantan desde adentro.)
«Pajaricos que hacéis al alba con lisonjas alegre salva, cantadle á Amón,

que tristezas le quitan la vida y no sabe si son de amor, y no sabe si de amor son.»

AMÓN. Hola, Eliazer, Jonadab, echadlos por las ventanas, dadlos muerte, sepultadlos: haciendo ataud las tablas de sus necios instrumentos tendrán sepultura honrada, como gusanos de seda en sus capullos.

JONADAB. ¿Qué extraña pasión de melancolía!

AMÓN. ¿No imitan en una casa á su señor los criados? ¿Yo llorando y ellos cantan? ¿Mi enfermedad les alegra?

ESCENA II

DICHOS y sale UN MAESTRO DE ARMAS.

ELIAZER. Aquí está el maestro de armas que viene á darte lección.

AMÓN. Dadme, pues, la negra espada, aunque pues se queda en blanco mi nunca verde esperanza, mejor que la espada negra pudiera jugar la blanca.

MAEST. Vuelva el cielo, gran señor, los colores á tu cara, que, la tristeza, marchita con la salud que te falta.

AMÓN. Retórico impertinente, el que es diestro jamás habla; jugad las armas callando ó no os preciéis de las armas.

MAEST. Perdoneme vuestra alteza.— Dije en la lección pasada que con estas dos posturas

al enemigo se ganan medio pie de tierra.

AMÓN. Siete, que son los que á un cuerpo bastan; cuando os haya muerto á vos, darán quietud á mis ansias.

(Da tras el Maestro.)

MAEST. ¿Qué es que hace vuestra alteza? Castigar vuestra arrogancia.

AMÓN. Necios, el mal que me aflige siendo de amor, no se saca con bélicos instrumentos. Morid todos, pues me matan invisibles enemigos.

(Corre detrás de todos.)

MAEST. Huyamos, mientras se amansa el frenesí de su furia.

(Huyen todos.)

AMÓN. Si hubiera armas que mataran la memoria que me aflige, ¡qué buenas fueran las armas! Hola, Eliazer, Jonadab, Josepho, Abiatar, Sisara. ¿No hay quien venga á dar alivio al tormento que me abrasa?

ESCENA III

AMÓN y salen ELIAZER y JONADAB.

JONADAB. Gran señor, sosiégate.

AMÓN. ¿Cómo? si es quimera mi alma de contradicciones hecha, de imposibles sustentada. ¿No estaba en la cama yo? ¿Quién me ha cubierto de galas? Desnudadme presto, presto.

ELIAZER. Tú te vistes y levantas contra la opinión de todos.

AMÓN. Mentis.

JONADAB. Desnúdale y calla.

AMÓN. ¿Yo sedas en vez de luto? ¡Ay, libertad malograda! Muerta vos y yo de fiestas? Sayal negro, gerga basta, os tienen de hacer desde hoy las obsequias lastimadas.

(Suenan cajas dentro.)

JONADAB. ¿Qué es esto? Gran señor, viene tu padre, Rey y monarca de las doce ilustres tribus, entre clarines y cajas, triunfando á Jerusalén después que por tierra iguala del idólatra Amonita las ciudades rebeladas. Sálenle, con bendiciones, músicas, himnos y danzas á recibir á sus puertas, cubiertas de cedro y palma, los cortesanos alegres, y la victoria le cantan con que triunfó de Goliás sus agradecidas damas. Sal á darle el parabién,

y con su célebre entrada suspenderás tu tristeza.

AMÓN. Al melancólico agravan el mal, contentos ajenos. Idos todos de mi casa, dejadme á solas en ella, mientras veis que me acompañan desesperación, tristeza, locura, imposibles, rabia, pues cuando mi padre triunfe muerte me darán mis ansias. *(Vase.)*

JONADAB. ¡Lastimoso frenesí!

ELIAZER. ¿Que no se sepa la causa de tanto mal?

JONADAB. ¿Si es de amor?

ELIAZER. A serlo ¿quién rehusará á quien hereda este reino?

JONADAB. No sé, por Dios. Mas, pues, calla la ocasión de su tristeza, ó Amón está loco ó ama. *(Vanse.)*

ESCENA IV

Salen, marchando con mucha música, por una puerta JOAB, ABSALÓN, ADONIAS y tras ellos DAVID, viejo, coronado; por otra, TAMAR, BERSABÉ, MICOL y SALOMÓN; dan vuelta y dice

DAVID.

Si para el triunfo es lícito, adquirido después de guerras, levantar trofeos, premio, si muchas veces repetido, aliento de mis bélicos deseos; si tras desenterrar del viejo olvido de asirios, madianitas, filisteos, de Get y de Canan victorias tantas, inexhausta materia á plumas santas. Si después que en los brazos guedejudos del libico león, fuerzas bizarras hipóboles venciendo, hicieron mudos elogios, que el laurel convierte en parras, y en juvenil edad miembros desnudos, galas haciendo las robustas garras del oso informe entre el crespado vello como joyas sus brazos me eché al cuello. En fin, si tras hazañas adquiridas en la robusta edad, que amor dilata, gravada en su memoria las heridas, ejecutoria de quien honras trata, agora á esta pequeña reducidas, cuando á mi edad el tiempo paga en plata el oro que le dió juventud leda, que, pues se trueca y pasa ya es moneda, por solo una corona que he quitado al Amonita rey de los cabellos; cuatro coronas mi valor premiado en vuestros ocho brazos gana bellos: quisiera, con sus círculos honrado, que brotaran de aqueste otros tres cuellos, y hecha Jerusalén de amor teatro, viera un amante con coronas cuatro. Ya Rábata, que corte incircuncisa del Amonita fué, ruínas solas ofrece al tiempo que caduco pisa montes altivos de cerúleas olas; ya la tristezza trasformada en risa,

muerta Belona, cuatro laureolas lisonjean mi gozo con sus lazos, reduciendo mi cuello á vuestros brazos. Micol querida, que por tantos años á indigno poseedor diste trofeos, da envidia á la venganza, á amor engaños, al tiempo que contar, y á mi deseos; dadme entre esos abrazos desengaños como yo á vuestras aras filisteos, sus prepucios al Rey incircuncisos, plumas al sabio y á la fama avisos. Discreta Abigail, á quien el cielo gracia de aplacar cóleras ha dado del bárbaro pastor en el Carmelo, premio no merecido ni estimado, en esos brazos, polos del consuelo, en quien vive mi amor depositado, descansa mi vejez, que pues los goza si largos años cuenta ya está moza. Hermosa Bersabé, ninfa del baño, que sirviéndoos de espejo en fuentes frías, brillando el sol en ellas, de un engaño dieron causa á un peque, lágrimas mías, ya se restaura en vos el mortal daño del malogrado por leal Urías, pues dais quien edifique templo al Arca, paz á los tiempos y á Israel monarca. Y vos, mi Salomón, noble sujeto, en quien vos ciencia infusa deposite, de la fábrica célebre Arquitecto que la gloria de Dios en niebla imite, el Líbano de Hirau grato y discreto cedros os corta donde eterna habite la incorrupción que el tiempo no maltrata, con oro os sirve Ofir, Tarsis con plata. Bellísima Tamar, hija querida, cárcel del sol, en vuestras hebras preso, dichosa mi victoria reducida al triunfo que con veros intereso, ¿cómo estáis?

TAMAR.

Dando albricias á la vida que vos ausente en contingencia al seso, gran señor, puso.

ABIGAIL.

Y yo de mi deseo pagando costas, pues que sano os veo.

DAVID.

¿Estáis mi Abigail buena?

ABIGAIL.

A serviros dispuesta, gran señor, eternamente.

DAVID.

¿Ves hermosa Micol?

MICOL.

Tristes suspiros en gozo trueco, pues os veo presente.

DAVID.

¿Y vos, mi Bersabé?

BERSABÉ.

De ver veniros

tierno en amores, si en valor valiente,
ríndos toda el alma por despojos,
que á gozaros se asoma por los ojos.

DAVID.

Esta corona, peso de un talento,
ó veinte mil ducados, rica y bella,
lo fué del Amonita, que os presento
alegre en ver que sois la piedra de ella.
Mi general Joab, merecimiento
de la fama, que envidias atropella,
de mi victoria la ocasión ha sido
valiente capitán, si comedido.
A Rábata redujo á tanto aprieto,
que cifrando su sed, asoló un pozo;
dejó su asalto de llevar á efeto
y ser ejecución de su destrozo,
por avisarme á lealtad sujeto,
que á mis victorias aplicase el gozo
de esta conquista que su fe publica
las veces que Israel me la dedica:
dadle las gracias de ella.

JOAB.

En esas plantas,
puesta la boca, quedaré premiado,
pues á mayores glorias me levantas
con sólo el nombre, ¡oh Rey! de tu soldado.
Cuelga ante el Arca con tus armas santas
trofeos que á la envidia den cuidado,
y al arpa dulce, de tu gusto abismo
cántate las victorias á ti mismo.

DAVID.

Hablad á mi Absalón, á mi Adonias,
diestros en guerra, si en la paz galanes.

ABSALÓN.

A tu lado, señor ¿qué valentías
podrán dar luz á ilustres capitanes?

SALOMÓN.

Dadnos los brazos.

ABIGAIL.

Vieron nuestros días,
al tremolar hebreos tafetanes,
juntar en dos sujetos la ventura,
el esfuerzo abrazando á la hermosura.

DAVID.

Mi Amón; mi mayorazgo; el primer fruto
de mi amor ¿cómo está?

ABIGAIL.

Dando á tu corte
tristeza en verle, á su pesar tributo,
priva á la muerte que sus años corte,
llanto á sus ojos, y á nosotras luto;
pues callando su mal, no hay quien reporte
la pálida tristeza que, enfadosa,
gualdas siembra en su cara y hurta rosa.

SALOMÓN.

No hay médico tan célebre que acierte
la causa de tan gran melancolía;
ni con música ó juegos se divierte,
ni va á cazar, ni admite compañía.

BERSABÉ.

A los umbrales llama de la muerte
para dar á tu reino un triste día.

ABIGAIL.

Háblale, y el dolor que le molesta
aliviarás; su cuadra es, señor, esta.

(Corren una cortina y descubren á Amón sentado
en una silla y muy triste.)

ESCENA V

AMÓN. Dichos.

DAVID. ¿Qué es esto, amado heredero?

Cuando tu padre dilata
reinos que ganarte trata,
por ser tú el hijo primero,
dejándote consumir
de tus imaginaciones,
¿luto al triunfo alegre pones
que me sale á recibir?
Diviértante los despojos
que toda tu corte ha visto;
todo un reino te conquisto,
alza á mirarme los ojos;
llega á enlazar á mi cuello
los brazos, tu gusto admita
esta corona, que imita
el oro de tus cabellos.
¡Hijo! ¿No quieres hablarme?
Alza la triste cabeza
si ya con esa tristeza
no pretendes acabarme.

ABSALÓN. Hermano, ¿la cortesía
cuándo no tuvo lugar
en vuestro pecho, á pesar
de cualquier melancolía?
Mirad que el Rey, mi señor
y padre, hablándoos está.

ADONIAS. Si Adonias causa da
á conservar el amor
que en vos mostró la experiencia,
por él os ruego que habléis
á un Monarca que tenéis
llorando en vuestra presencia.

SALOMÓN. No agüéis tan alegre día.

TODOS. Principe, volved en vos.

DAVID. ¡Amón!

AMÓN. ¡Oh, válgame Dios,
qué impertinente porfial
(Alza la cabeza muy triste.)

DAVID. ¿Qué tienes, caro traslado
de este triste original,
que en alivio de tu mal,
de todo el hebreo estado
la mitad darte prometo?
Gózale y no estés así;
pon esos ojos en mí,
de todo mi gusto objeto.
No se oscurezca el Apolo
de tu cara; el mal despide.
¿Qué quieres? ¡Háblame, pídel!

AMÓN. Que os vais y me dejéis solo.

DAVID. Si en esto tu gusto estriba,
no te quiero dar pesar;
tu tristeza ha de causar

que yo sin consuelo viva.
Aguado has el regocijo
con que Israel se señala.
Pero ¿qué contento iguala
al dolor que causa un hijo?
¿Qué no mereciera yo,
aunque fingiéndolo fuera,
una palabra siquiera
de amor? ¿Dirásme que no?
¡Príncipe, un mirarme solol
¡Cruel con mis canas eres!
¿Qué has? ¿Qué sientes? ¿Qué quie-

AMÓN. Que os vais y me dejéis solo. [res?]

ABSALÓN. El dejarle es lo más cuerdo,
pues persuadirle es en vano.

DAVID. ¿Qué vale el reino que gano,
hijos, si al Príncipe pierdo?

(Vanse; y al entrarse Tamar, llámala
Amón y levántase de la silla.)

ESCENA VI

TAMAR y AMÓN.

AMÓN. Tamar. ¡Ah, Tamar! Señora.

¡Ah, hermana!

TAMAR. ¡Príncipe mío!

AMÓN. Oye de mi desvarío
la causa que el Rey ignora.
¿Quieres tú darme salud?

TAMAR. A estar su aumento en mi mano,
sabe Dios, gallardo hermano,
con cuánta solicitud
hierbas y piedras buscara,
experiencias aprendiera,
montes ásperos subiera,
filósofos consultara,
para volver á Israel
un Príncipe, que la muerte
pretende quitarle.

AMÓN. Advierte
que no siendo tú cruel,
sin piedras, drogas ni yerbas,
metales, montes ó llanos,
está mi vida en tus manos,
y que en ellas la conservas.
Toma este pulso; en él pon (Tómale.)
los dedos como instrumento,
á cuyo encendido acento
conceptos del corazón
entiendas.

TAMAR. Desasosiego
muestra.

AMÓN. Cáusanle mis penas.
Sangre encierran otras venas;
en las mías todo es fuego
(Tómale á Tamar las manos.)

¡Ay, manos que el alma toca,
(Bésaselas.)

pagando en besos agravios!...
¡Quién se hiciera todo labios
para gloria de esta boca!
Por ser tu hermana, consiento
los favores que me haces.

TAMAR. Y porque así satisfaces
la pena de mi tormento.

AMÓN. Dime ya tu mal; acaba.

AMÓN. ¡Ay, hermana, que no puedo!
Es freno del alma el miedo.
Darte parte de él pensaba...
pero... vete, que es mejor
morir mudo. ¿No te vas?

TAMAR. Si determinado estás
en eso, sigo tu humor.
Vóyme; adiós.

AMÓN. ¡Crueldad extrañal!

Oye

TAMAR. Vuelvo.

AMÓN. Pero... vete.

TAMAR. Alto.

AMÓN. Vuelve y contaréte
el fiero mal que me engaña.

TAMAR. Si de una hermana no fías
tu secreto, ¿qué he de hacer?

AMÓN. (Aparte.) De ser hermana y mujer,
nacen mis melancolías.

¿Posible es que no has sacado
por el pulso mi dolor?

TAMAR. No sé yo que haya doctor
que tal gracia haya alcanzado.

Si hablando no me lo enseñas,
mal tu enfermedad sabré.

AMÓN. Pues yo del pulso bien sé
que es lengua que habla por señas.

Pero pues no conociste
por él tanto desvarío,
en tu nombre y en el mío,
hermana, mi mal consiste...

¿No te llamas tú Tamar?

TAMAR. Ése apellido heredé.

AMÓN. Quitale al Tamar la T,
y ¿dirá, Tamar...?

TAMAR. Amar.

AMÓN. Ese es mi mal; yo me llamo
Amón; quitale la N.

TAMAR. Serás amo.

AMÓN. Porque pene,
mi mal es amar; yo amo.

Si esto adviertes, ¿qué preguntas?

¡Ay, bellissima Tamar,
amo y es mi mal amar,
si á mi nombre el tuyo juntas!

TAMAR. Si como hay similitud
entre los nombres, la hubiera
en las personas, yo hiciera
milagros en tu salud.

AMÓN. Amor ¿no es correspondencia?

TAMAR. Así le suelen llamar.

AMÓN. Pues si entre Amón y Tamar
hay tan poca diferencia,
que dos letras solamente
nos distinguen, ¿por qué callo
mi mal, cuando medios hallo
que aplaquen mi fuego ardiente?

Yo, mi Tamar, cuando fui
contra el amonita fiero,
y en el combate primero
del Rey, mi padre, seguí
las banderas y el valor,
vi sobre el muro una tarde
un sol bello haciendo alarde
de sus hazañas de amor.
Quedé ciego en la conquista
de sus ojos soberanos